

EL PARTIDO POPULAR: REFUNDACIÓN DEL
CENTRO DERECHA COMO ALTERNATIVA (1989-1996)

Pablo Jesús CARRIÓN SÁNCHEZ. CIHDE-UNED

Comunicación adscrita a la Mesa: Historia política

El sistema de partidos europeos nacido de 1945 suele coincidir con diversas modalidades de bipartidismo, corregido con la presencia de fuerzas bisagra, partidos en los extremos ideológicos y minorías nacionalistas. En España, el largo eclipse democrático del siglo XX otorga características peculiares al asentamiento del espectro político. Los partidos nacionalistas, singularmente CiU y PNV, han ejercido una función de complemento estratégico durante las legislaturas sin mayoría absoluta. No han existido fuerzas bisagra eficaces del estilo del partido liberal alemán. En el centro naufragó la denominada operación reformista, y en la izquierda IU no ejerció ese rol. Por tanto, se han estructurado grandes espacios ideológicos y electorales en torno a dos grandes fuerzas. El PSOE consiguió desde 1977 la hegemonía de la izquierda en detrimento del PCE, sobrevalorado por su dilatada experiencia como plataforma antifranquista. El apoyo internacional de figuras como Helmut Smitd, Mitterrand o Palme y la moderación y juventud de la ejecutiva salida de Suresnes, permitieron una rápida y exitosa reconstrucción de la socialdemocracia española como referencia en el campo progresista.

Por su parte, el espacio de centro derecha tuvo una evolución más compleja. Pese a la resistencia y el tono agresivo de las posiciones de extrema derecha, los distintos procesos electorales demostraron la vacuidad de la propaganda franquista y su capacidad de movilización social. El falangismo, absorbido por el Movimiento Nacional, constituía una exigua facción sin poder en el franquismo tardío. Más allá de la presencia retórica y de la estética parafascista del Estado y los movimientos sociales anejos, su capacidad de organización y de militancia activa en un sistema democrático eran testimoniales. Por tanto, la competencia se estableció entre dos actitudes ante el cambio. Una centrista simbolizada por Suárez, quien se sirvió de UCD como instrumento. Transmitió una idea sencilla pero eficaz y compartida por amplias capas de la población: la de una reconciliación nacional serena. Impulsar el cambio democrático sin rechazar de una manera abrupta el franquismo, ni permitir su continuidad mediante subterfugios. La segunda, quedaba reducida a un grupo conservador dispuesto a admitir la democratización y la integración europea con limitaciones. Especialmente reacios a la descentralización y temerosos de una potencial influencia del comunismo. Liderados por Fraga

y otras personalidades reformistas del franquismo, eran refractarios a la ruptura, contemplando una visión amable de la dictadura como garante de la paz, la convivencia y el desarrollo.

El formidable cainismo interno de UCD que condujo a la dimisión de Suárez y a la debacle de 1982 otorgó a AP la posibilidad inédita de ocupar todo el centro, incluyendo a los votantes moderados o descontentos de la socialdemocracia. Un cambio fundamental que exigió un permanente esfuerzo de los dirigentes para “centrar” su mensaje. Eliminar la extendida identificación sociológica entre AP y el franquismo y convertirse en una alternativa de gobierno creíble. Asimilarse a la CDU-CSU o al partido conservador británico, fuerzas mayoritarias, responsables y europeístas, capaces de colaborar con sus rivales socialdemócratas. Desprenderse de la imagen histórica de la derecha española contemporánea, caracterizada por un conservadurismo moral y doctrinario, reacia a los procesos de modernización. Un conservadurismo como pilar del sistema parlamentario inédito en España desde la Restauración.

La competencia con el PSOE para transformarse en partidos *catch all* se centró en la lucha por el voto urbano y de clases medias. Esta preocupación por constituirse en fuerzas con sentido de Estado, chocaba en AP de los 80 con graves obstáculos. Como la figura de Fraga y su incapacidad para romper los límites sociológicos que impedían la victoria. Para pasar de gran fuerza de oposición conservadora a partido de centro liberal gobernante eran necesarios cambios profundos. Había que alterar de raíz el funcionamiento interno, suprimiendo las luchas intestinas y la irresuelta tensión entre facciones. Había que rejuvenecer el liderazgo con el objetivo de competir realmente. La dimisión de Fraga y la controversia Herrero-Hernández Mancha dan fe de lo costoso de este ambicioso propósito. Durante la primera mitad de los 90 la emergencia de Aznar dinamizó las reformas necesarias, que combinadas con el deterioro del crédito de los ejecutivos de González permitieron el triunfo. Merced a factores como el relevo generacional (Aznar carecía de pasado franquista), la clarificación ideológica (liberalismo económico y nacionalismo español de Estado) y una firme autoridad interna en el gobierno del partido.

El viaje al centro. Revolución permanente

En parte por Fraga y en parte por considerarse herederos de UCD, el PP insistió decididamente en la construcción de su imagen pública como fuerza de centro, la única viable ante el PSOE. Merecedora de confianza, separada del extremismo, con sensibilidad social, comprometida con la democracia. Sin emprender una contrarreforma integral contra el legado de González, al estilo de 1933 en el imaginario histórico. Evidentemente esta moderación estratégica molestó al franquismo nostálgico, incapaz de crear una respuesta popular:

Tenía razón Fernández de la Mora, ante la España triste que estamos viviendo con el genocidio que representa el aborto (...) durante los 8 años de Aznar, causó la cifra de un millón de bebés asesinados. La hipocresía del PP alcanza límites difíciles de concebir¹.

A finales de los ochenta se habían suavizado las rencillas entre aliancistas y centristas, convergiendo mayoritariamente en la casa común del PP. Sin embargo, parece excesiva la pretensión aznarista de convertir al nuevo partido en heredero completo y directo de UCD y, por extensión, del legado de Adolfo Suárez y lo mejor de la Transición. Estrategia dirigida a capitalizar una memoria dulcificada del consenso. A largo plazo, la identificación PP y centro como bloque histórico tuvo bastante aceptación. Por ejemplo, el Rey en una entrevista (TVE, 1999) asimiló vagamente la alternancia de 1996 como una vuelta a 1977:

La alternancia en una democracia le da estabilidad al país y da garantía de que funciona el sistema. Habiendo habido un partido que estuvo hasta el 82, pues ya ganó otro partido las elecciones, entonces eso demostraba que ya empezaba a funcionar la alternancia. Lo importante era que, después del Partido Socialista volviera a funcionar la alternancia en el sentido que fuera. En este sentido, pues volvió al Partido Popular en este momento².

El relato aznarista de la Transición ensalzaba la tarea moderada y reformista de Suárez-UCD. Se soslayaba el agrio conflicto entre aliancistas y centristas por el control del espectro conservador y la excesiva proximidad ideológica de AP con el autoritarismo. Por el contrario, se presentó al nuevo PP como legatario, no tanto de siglas como de valores centristas. La era 1982-96, sería un paréntesis de alternancia izquierdista, normal en democracia, pero excesivamente largo y ya agotado. A esta versión contribuyeron personalidades democristianas de UCD, integradas en AP desde 1982-83, la trayectoria liberal de Fraga o la modernización emprendida en Sevilla. En su contra jugó, un cierto deseo de patrimonializar un legado, en buena medida ajeno al aliancismo, con el objetivo de que el PP fuese percibido como una fuerza merecedora de crédito:

En nuestra democracia hay tres etapas (...) Una primera en que un gran partido centrista hace la Transición (...) Hay un primer relevo y ya llevamos muchos años. Creo, como la mayoría de los españoles, que ha llegado el momento del cambio (...) España necesita hoy seguridad, estabilidad, tranquilidad. Un gobierno con una mayoría clara para afrontar los problemas (...) Vamos a hacerlo con una actitud generosa, de integración, de dar la mano, flexible, porque sabemos que es la continuidad de la democracia (...) Yo tenía una convicción y una obligación política que es que los

¹ José María Velo Antelo, *De ayer a hoy: los orígenes del PP*, Madrid, Galland Books, 2010, págs. 16-17. El autor fue diplomático, ex presidente de Unión Nacional Española y miembro de la Junta directiva fundacional de AP.

² E. Andrés y V. Prego (dir.), "La monarquía, 25 años de reinado de Juan Carlos I", *La Transición española*, vol. 8, Madrid RTVE, 2000. [Documental, 9'45" y 86"]

españoles pudiesen confiar en una gran partido de centro, que en gran medida, retomaba la herencia de aquellos que supieron hacer la Transición y nuestra Constitución y un gran partido de centro en el que confiar³.

El justo medio en la definición del PP de los noventa podría situarse en una derecha moderada (o centro derecha), asimilable a otras fuerzas europeas análogas, con interés por acaparar todo el voto desde el descontento socialista de centro hasta los bordes de la extrema derecha. Ello no justifica la apropiación excesiva del legado de UCD, ni la caracterización como exclusivamente centrista. Lo demuestran estas permanentes apelaciones a “centrarse” en eslóganes, congresos y propaganda del partido. Tampoco son ecuanímenes las descalificaciones como partido ultraderechista, como desmiente su travesía generacional e ideológica desde la fundación de AP (1976) hasta la mayoría absoluta (2000). Estas críticas pueden entenderse por la necesidad de diferenciar ofertas en un periodo de crisis identitaria de la izquierda y de encarnizada competencia por el elector “moderado”, esencial para conformar las mayorías⁴.

1989. Aznar el esperado “delfín”

El congreso de 1989 había realizado la primera tarea que separaba al PP de la mayoría electoral. La recomposición orgánica, la unificación y el control interno daban una base sólida. Ahora era necesario establecer una línea ideológica coherente y un liderazgo reconocido. La designación de Aznar como candidato (4-IX-1989) facilitaba la sucesión y le proporcionaba una oportunidad de medirse. No sólo contra el PSOE y González, tarea aún prematura, sino más bien contra el “techo de cristal” de Fraga. Sobre la idoneidad de dar esta responsabilidad al joven presidente castellano-leonés, a pesar de su escasa experiencia ejecutiva. Una encrucijada para conquistar parte de su programa máximo. No solamente formar gobierno, sino competir con el PSOE como agente clave de transformación social. Los 107 diputados logrados en los comicios generales de 1989 fueron una plataforma fuerte, incluso inesperadamente positiva.

José María Aznar (25-II-1953) respondía a un perfil muy distinto a Fraga, pero también a sus predecesores Suárez y González. La juventud fue un acicate en el relevo dentro del PP. Pero, en lo relativo a su relación con González acrecentó cierta animadversión mutua. El PSOE, más que infravalorarlo, se resistía a admitir la pujanza de una nueva remesa de políticos, sin historial durante el franquismo, ni la Transición. Además, su dominio férreo del PP desde 1990

³ “Entrevista a José María Aznar”, Archivo Personal de J. M. Aznar, Madrid, 1996: http://josemariaaznar.com.es/index.php?option=com_content&task=view&id=16&Itemid=29

⁴ En 2008, el PP se definía como “formación política de centro reformista al servicio de los intereses generales de España, que tiene a la persona como eje de su acción política y el progreso social como uno de sus objetivos”: *Estatutos del Partido Popular. XVI Congreso*, Valencia, 2008, art. 2 Ideología, pág. 5. Archivo del PP: www.pp.es

y la dureza de su labor parlamentaria le convertirían en un adversario menos cómodo que Fraga como líder ex franquista amortizado e instalado en su faceta opositora. Siendo percibido como un mandatario frío y autocrático:

El Aznar de la primera legislatura tampoco tiene nada que ver con el de la segunda. El de la primera, por lo menos, tenía bastante apagado el componente autoritario de su personalidad (T. Benegas)

Siempre he sido un liberal, y sigo siéndolo, un liberal conservador, pero sustancialmente un liberal (Aznar)⁵.

La trayectoria de Aznar era un *cursus honorum* típico de clase media, casi burocrático. Licenciado en derecho (UCM), aspirante a inspector de Hacienda, poco carismático en relación con el atractivo de González, casi antitético a la calidez de Suárez. Por el contrario, frío y tímido, si bien decidido y constante, sin grandes ataduras ideológicas, ni personales⁶. En el campo de las ideas manejó un argumentario básico, pero eficaz. Nacionalismo español de Estado, centrista, constitucional y proclive a un regionalismo templado. Y en lo económico social, un liberalismo ortodoxo de inspiración anglosajona, partidario de la contención del gasto público, las privatizaciones y la flexibilización fiscal y de los mercados. Tendencia que traslucía sus referencias históricas recientes (Reagan, Thatcher, Popper) y que guarda estrecha relación con las políticas de exterior y defensa de sus gabinetes (1996-2004). Este Aznar, liberal, constitucionalista y centrista de finales de los noventa fue el resultado de un paralelo crecimiento como figura pública. Sus detractores buscaron desgastar esta imagen rastreando simpatías por el franquismo o desafección con el orden de 1978⁷. En realidad, los documentos juveniles aportados en esa línea no son de gran relevancia. Más bien reflejan su evolución ideológica, que conservaría bastante de nacionalismo español y poco de conservadurismo doctrinario, acercándose sinceramente al liberalismo. Así, en junio de 1969, con dieciséis años publicó una carta en la revista *SP*, de orientación falangista en la que expresaba una amalgama de sentimientos contradictorios de pertenencia y disidencia respecto al régimen mediante

⁵ María Antonia Iglesias, *La memoria recuperada. Lo que nunca han contado Felipe González y los dirigentes socialistas*, Aguilar, Madrid, 2003, pág. 600 y J. M. Aznar, *Ocho años de gobierno. Una visión personal de España*, Barcelona, Planeta, 2004, pag. 11.

⁶ Sobre la personalidad política de Aznar: Javier Tusell, *El Azanarato: el gobierno del Partido Popular: 1996-2003*, Madrid, Aguilar, 2004, págs. 29-48. La lucha-relevo de generaciones es frecuente después de la alternancia. Véase para el PSOE la generación de González durante mandato de Zapatero (2004-2011), bastante relegada con escasas excepciones como Pérez Rubalcaba. Sobre la influencia de Popper: J. M. Aznar, *Libertad y Solidaridad*.

⁷ O también la forzada ascensión dentro del aparato. Por ejemplo, describiendo su inclusión en la lista de Ávila para las generales como una intervención *manu militari*: Eduardo, SOTILLOS, 1982. *El año clave*, Madrid, Aguilar, 2002, pág. 222.

expresiones de retórica noventayochista joseantoniaiana como “monje soldado”. En 1979 se manifestó en el rotativo logroñés *Nueva Rioja* con un texto crítico con la arquitectura territorial definida en la Constitución.

Su ascenso político fue rápido. Afiliado a AP a finales de los 70 en su etapa logroñesa, (diputado por Ávila). Alcanzó la presidencia de Castilla-León en 1985. En febrero de 1986 fue designado adjunto al secretario general Verstryngge, sobreviviendo hábilmente a la gran convulsión de la derrota de Herrero frente a Mancha. Su hermetismo y la capacidad para lograr y mantener alianzas le ayudaron en su ascenso a la presidencia del partido (1990), cuando encontró en el secretario general Cascos un lugarteniente adecuado para conseguir un férreo dominio interno. Al contrario que Fraga, de brusca expresividad y poco contundente en la organización del partido, Aznar emplearía más bien “mano de hierro en guante de seda”. Una camaradería formal pero intransigente en materia de disciplina y eficaz en la eliminación de la generación anterior, incluso de sus elementos más valiosos (Fernando Suárez, Herrero...) ⁸.

Sevilla 1990: “Ni tutela, ni tu tía”

El traspaso efectivo de poderes, la sucesión formal, tuvo lugar en el X Congreso (Sevilla, 31/III-1/IV-1990). Un escenario escogido intencionadamente para exhibir la renovación popular en el bastión natal de González, vivero andaluz clave en la formación de las mayorías. El eslogan: “Centrados en la libertad”, dejaba clara la intención de moderar y simplificar el vetusto mensaje ideológico aliancista. Se apostaba todo al reformismo, a un calculadamente indefinido centro y a un liberalismo neto, condensado en un decálogo antítesis del programa socialista. Un esfuerzo para trocar la imagen negativa como derecha “reaccionaria” en “centro liberal”. Alternativa deseable para amplios sectores de la población. Un cambio tranquilo, una oferta confiable en la alternancia, sana democráticamente para el sistema y normal en Europa.

Aznar quería recalcar dos ideas fuerza, tanto al PP como a la sociedad en su conjunto. La primera, que tanto él como el partido ya estaban preparados y eran una opción razonable, sin más dudas, sin extremismo. El segundo, que la fortaleza del PSOE de 1982, su gran crédito popular, estaban en un proceso imparable de declive, aunque sus líderes quisieran desmentirlo o aferrarse al poder con un sentido patrimonial de las instituciones:

⁸ Tusell, *El Aznarato...*, pág. 41. Federico Trillo motejó a Aznar como el “sherpa” por su cualidad adaptativa a entornos hostiles.

No hay que tener nunca miedo a la libertad, sino por el contrario fomentarla, expandirla (...) Llegado ese momento, que llegará (...) garantizamos esa alternancia sin traumas, con estabilidad, con normalidad, con seguridad, democráticamente y en la que nadie va a tener nada que temer. Que no vengan diciendo que la alternancia es peligrosa porque es la negación del sistema. Será peligrosa para los que están sentados y no quieren levantarse de sus sillas que dentro de poco no van a ser suyos (...) Quien se atreve a enfrentarse al Partido Socialista tiene que estar preparado para todo. Para todo. Yo estoy preparado para eso. Y cuando mi partido me ha pedido que de este paso sé que tendré que aguantar muchas cosas⁹.

Aquel momento histórico en la intrahistoria del conservadurismo hispánico, de Fraga a Aznar, de AP al PP, de la ruptura de las plusmarcas electorales, quedaría en la memoria por un gesto teatral y emotivo. Manuel Fraga, desde entonces presidente honorario, tomó la palabra y en una inesperada confidencia a los compromisarios mostró una carta de dimisión de Aznar sin data y la rompió con su característica vehemencia. Una simple, pero inteligente, demostración de confianza que tuvo relevancia simbólica como parteaguas entre dos eras. Una piedra miliar en la historia de la derecha española. El relevo era definitivo y completo, sin posible vuelta atrás a la autoridad carismática del fraguismo y su legado generacional. Fraga liberaba a Aznar de su propia sombra, le dejaba manos libres para recomponer la organización y vacunaba al PP de un segundo fiasco como el de 1987:

Este hombre presenta sin fecha su dimisión que nunca le vamos a aceptar. Y esta carta yo la rompo ante vosotros porque no hay tutelas, ni hay tu tía. Ahí está el líder del partido que sólo por esta carta merece serlo¹⁰.

La llegada de Aznar iba a marcar una clara diferencia en la dirección del partido. Con la ayuda de un contundente Álvarez Cascos (y otros como Rato, Rajoy o Trillo) impuso su criterio y forzó la racionalización de las camarillas tradicionales, del ensimismamiento en un conjunto “informe de grupitos y banderías”. Ya no habría corrientes, ni familias, ni baronías, solamente un partido y un liderazgo. De ahí, el decisivo paso de suprimir las ocho vicepresidencias¹¹. Era momento de agrupar a todo el antiguo ucedismo, maduro para la absorción, con la salvedad del reducido numantínismo del CDS. Un momento crucial en la historia europea (9-XI-1989),

⁹ RTVE, “El Congreso de Aznar”: <http://www.rtve.es/alacarta/videos/television/congreso-aznar-1990/150812/> Sobre el rechazo aznarista al PSOE: “amiguismo”, sentido patrimonial del Estado, “mesianismo”, infiltración en la sociedad, J. M. Aznar, *La España en la que yo creo. Discursos políticos (1990-1995)*, Madrid, Noesis, pág. 29. Aznar fue escogido con el voto favorable del 96% de los compromisarios (2.069 votos afirmativos, 11 nulos y 70 en blanco).

¹⁰ Aznar, sorprendido y emocionado, agradeció la deferencia al “artífice de la historia de nuestro partido, plena garantía de su futuro”. Cascos redactor de la ponencia política guardó la carta rota como una reliquia. RTVE, “Aznar se convertía...”, *op. cit.*

¹¹ J. M. Aznar, *Ocho años...*, *op. cit.*, pág. 68.

asociado a una profunda crisis de identidad izquierdista, que animaba al PP a dar una batalla inédita por la simpatía ideológica de la mayoría social. Una lucha en el terreno de las ideas en la que se dotaría de instrumentos como FAES para asociar oportunamente la coyuntura internacional de 1989-1990, ciclo de largo alcance, el aparente fin de las ideologías y la situación de desgaste del denominado “felipismo”¹².

1993. “Dulce derrota” y asalto final

Durante la V legislatura se cruzaron dos trayectorias inversas: la intensa erosión de González y de la “marca electoral” PSOE con el ascenso progresivo del PP. Para acelerar la alternativa, se ejerció una oposición parlamentaria y mediática de inusitada dureza. Aznar rechazó la denominación “legislatura de la crispación”, prefiriendo hablar de inestabilidad y disolución de la autoridad socialista, de combatividad dentro de las “reglas de juego”. Muestra de esta tenacidad en la zapa del gobierno fueron los debates sobre el estado de la Nación. Instituidos con el propósito de formalizar un balance anual y prospectivo de la labor del ejecutivo, han servido como test de su fortaleza y de la actitud y creatividad de la oposición. El cenit simbólico se alcanzó con la expresión: “váyase señor González” (20-IV-1994). Descalificación rotunda, con cierto resabio de acusación ad hominem, que irritó al presidente. Normalmente moderado y brillante en sus réplicas en las que hacía uso de recursos parlamentarios delicados, como la ironía. Se enfrentaban dos liderazgos, uno que se defendía con vitalidad, pero que empezaba a acusar el deterioro desde finales de 1992 y un adversario duro, que no era ya el novel de 1989 si no un candidato serio, tenaz y gélido en la distancia corta. Los gestos trascendían un mero rifirrafe en la Carrera de San Jerónimo, González le señalaba con su dedo índice y Aznar sostenía desafiante la mirada:

En las actuales circunstancias, no le queda más que una salida honorable: presentar su renuncia al Rey y aconsejarle respecto a qué miembro de su partido reúne las mejores condiciones para sustituirle. Váyase señor González. No le queda ninguna otra salida honorable. Porque usted es el principal y primer responsable de la situación económica y el clima general de corrupción (...) de la degradación de la vida pública (...) de un gobierno incapaz.

No voy a dimitir señor Aznar (...) voy a asumir mi responsabilidad (...) Usted no me puede dar ningún ejemplo de responsabilidad política. Ninguna. Ni una sola¹³.

¹² J. M. Aznar, *La España...*, págs. 15 y ss.

¹³ RTVE, “Aznar se convertía en líder del PP hace 20 años”, Archivo Histórico, <http://www.rtve.es/alacarta/videos/programa/aznar-se-convertia-lider-del-pp-hace-20-anos/739440/> El debate anual tiene muchas variedades, por ejemplo, el estadounidense “estado de la Unión” tiene la peculiaridad presidencial como jefe de gobierno y de Estado, mezclando cortesía institucional y labor opositora. González consideró esta proclama y

Crisis socialista notable, teniendo en cuenta el mantenimiento de niveles elevados de imagen pública todavía a mediados de la IV legislatura. En un estudio sociológico preparado para los comicios europeos (1994), el 80% de la opinión creía que el problema de la corrupción era muy relevante. Un 45% que el ciclo socialista estaba agotado, para un 81% debido a su mala gestión y sólo para el 11% por mérito de los populares¹⁴. Este ejemplo demoscópico revela aspectos importantes. El primero, la intensidad de la descapitalización afectiva del electorado, tanto socialista como general. Progresiva en los ochenta, había adquirido una fuerte aceleración en 1993. No solamente por el inicio de un ciclo económico regresivo, también por los errores de gestión. El lema de González: “hemos entendido el mensaje”, implicaba cierta autocrítica. En especial, por estrategias de comunicación incapaces de frenar el quebranto en la credibilidad del partido como fuerza de gobierno y de su líder como autoridad. El segundo aspecto desvelado por estas cifras invita a reflexionar sobre el discreto éxito del PP. Efectivamente, seguía suscitando rechazo en amplias capas de la población, dispuestas a criticar al PSOE sin simpatizar por ello con los populares. Aún se les asociaba con el autoritarismo en sectores del nacionalismo de izquierda, IU y descontentos del PSOE. Pero, en la franja de opinión intermedia había ido calando mejor la “lluvia fina” que presentaba al PP como fuerza real de gobierno. A pesar, de la sensación amarga dejada por la derrota de 1993, la tarea iba dando frutos. A un ritmo lento, pero seguro. Y finalmente, decisivo en 1996-2000.

El XI Congreso (5/7-II-1993) escogió un eslogan inequívoco que mostraba el éxito a largo plazo de la estrategia comunicativa: “Partido de Gobierno”. Aznar mostró la fortaleza alcanzada en el control del partido, gracias a la colaboración de Cascos. Y pudo centrarse en enviar un mensaje exterior rotundo sobre la competencia del PP y la idoneidad de su programa. La alternancia estaba preparada, incluso ansiosa por tomar el relevo¹⁵.

Para el PP, 1993 iba a funcionar como 1979 para el PSOE, una última reválida, el penúltimo peldaño. Un salto de 5'2 a 8'2 millones de votos. La dinámica les exigía plantear su

la campaña de 1996 como un rasgo no democrático de su carácter, poco respetuoso, en tiempo y forma, de la voluntad popular.

¹⁴ Javier Tusell, *El Azanarato...* pág. 28. González atribuyó la corrupción a traiciones particulares, refutando las descalificaciones sistémicas. Los votantes socialistas admitieron deficiencias en paro, corrupción, inflación y terrorismo. Los no socialistas admitieron mejoras en fomento, educación, y exteriores. I. Sánchez-Cuenca y B. Barreiro, *Opiniones y actitudes. Los efectos de la acción de gobierno en el voto durante la etapa socialista (1982-1996)*, Madrid, CIS, 2000, pág. 29.

¹⁵ Cascos fue reelegido secretario general. Ocuparon sendas vicesecretarías Javier Arenas y Mariano Rajoy (presidente desde el XV Congreso, 1/3-X-2004).

campana como fuerza ganadora, sin tiempo para consolidar la oferta. Aceptaron debates televisados (A3 y T5), de resultado desigual. El primero para Aznar y el segundo para González, que contribuyeron a extender desmentir la impresión de imbatibilidad de la “marca” PSOE. La ventaja popular en los sondeos, la aparente desmovilización del voto progresista y el deterioro de la confianza en González crearon una expectativa fallida. El PSOE diseñó unos videos electorales muy agresivos, basados en una estrategia de alteridad negativa. El recurso “destructivo” del miedo al cambio, en lugar de en una defensa positiva de la identidad propia. Algo útil en 1993 y estéril en los siguientes comicios¹⁶.

Es significativa la evolución del voto urbano para los conservadores. Fueron la fuerza más votada en 11 capitales de provincia en 1987, 21 en 1991 y 44 en 1995. El voto de personas con estudios universitarios al PSOE era del 19% en 1982 y del 7% en 1993. Las barreras sociológicas y territoriales que habían cerrado el paso al modelo de coalición liderado por el tándem AP-Fraga, iban cayendo¹⁷.

En definitiva, una completa transformación de la imagen positiva de 1982. Un menoscabo producido por la acción de gobierno, la incidencia de los casos de corrupción, los problemas económicos y la extendida desconfianza en el liderazgo socialista. El propio González reconoció que estas dificultades le causaron cierta “parálisis y desconcierto personal”. Otros dirigentes socialistas PSOE aceptaban como lógico el deseo de cambio tras la cuarta legislatura consecutiva e incluso la derrota, aunque en otras condiciones. Unas, en las que el PP no pudiera presentar la alternancia como “regeneración democrática” frente a un gobierno incompetente apoyado en redes clientelares:

Todos los socialistas aparecíamos como corruptos (Joaquín Almunia).

El GAL es la transición (...) No estoy dispuesto a que mi partido pase a la historia como el que inventó la guerra sucia contra ETA. Estaba inventada desde hacía tiempo (Rodríguez Ibarra).

¹⁶ Demoscopia y Sigma Dos daban al PP 153-156 escaños, tres más que al PSOE, aunque con menor número de votos. Sólo Eco Consulting, contratada por las televisiones y con más recursos, avanzaba un triunfo socialista. Imelda Rodríguez Escancio, *Estrategias de Comunicación electoral en televisión durante el periodo 1989-2000*, Madrid, UCM, 2003, pág. 614.

¹⁷ El voto en ciudades de más de cien mil habitantes cayó entre 1982 y 1993 del 41 al 39% y el voto joven (18-34 años) del 42 al 30%. M. Méndez Lago, *La estrategia de organización del PSOE (1975-1996)*, Madrid, CIS, 2000, pág. 83. El voto al PSOE en ciudades de más de un millón de habitantes cayó (1982-1993) del 26'1 al 9'97%. El perfil sociodemográfico del votante varió, manteniendo el voto de los pensionistas, pero perdiendo el de los profesionales cualificados: M. Ruiz Contreras, *La imagen de los partidos políticos. El comportamiento electoral en España durante las elecciones generales de 1993 y 1996*, Madrid, CIS, 2007, págs. 108-110.

El PER tampoco proporciona buena imagen. Se vincula a algunos fraudes que se produjeron, a algunos juicios, porque efectivamente hubo fraude (...) Del PER también surge el agravio comparativo que podía provocar con otras comunidades (Manuel Chaves).

Probablemente quisimos cerrar los ojos ante una realidad [corrupción] que teníamos delante (...) mejor cirugía que farmacopea, entonces era más complicado pero se debió cortar por lo sano (Pérez Rubalcaba)¹⁸.

1996. Alternancia y “segunda Transición”

El 19-IV-1995 un atentado de ETA estuvo cerca de acabar con el jefe de la oposición, objetivo criminal frustrado por la calidad del blindaje del vehículo oficial. Este magnicidio malogrado proyectó dos corolarios. El primero, que los terroristas habían identificado como amenaza real e inminente la llegada al gobierno de un partido reacio a compromisos con el nacionalismo radical. En otros términos, que Aznar era ya percibido como el poder entrante. El segundo, la solidaridad natural con la víctima despertada en la sociedad, en especial por la templanza demostrada. Lo que muchos habían rechazado como frialdad en el carácter del presidente del PP, se tornaba aquí en una cualidad muy señera del gobernante.

El XII Congreso (19/21-I-1996) celebrado bajo el lema “Gana el centro” fue una escenificación del triunfante cambio interno, exhibido como presagio del inminente ascenso al poder. Las consignas de “centramiento” y una visión positiva del nacionalismo español de Estado fueron la tónica dominante de la estrategia de comunicación. Un PP como gestor eficaz de la esperanza en un futuro mejor, sin vínculos con el pasado predemocrático. Casi una investidura anticipada, el sueño de Fraga, culminado en su sucesor veinte años después de la fundación de AP:

Peldaño a peldaño hemos ido fraguando la mayoría que va a enderezar el rumbo de España. Elección tras elección un número creciente se ha ido sumando a nuestro proyecto. Un proyecto tan noble y tan ambicioso como posible y deseable. Hoy una mayoría, aquellos que creen que el interés general exige abandonar la resignación y exige emprender una nueva etapa en la historia de España tienen depositada su confianza en nosotros. Con un gobierno popular, un gobierno de centro, una nueva etapa se va a abrir (...) España necesita emprender sin dilación un ambicioso proyecto de

¹⁸ María Antonia Iglesias, *La memoria...*, págs. 155, 272, 335 y 677. Felipe González lamentaba en su entrevista que la “campaña” asociada a la corrupción haya tenido mucho peso en su imagen histórica, pág. 870.

regeneración democrática (...) En esta hora en que todos tenemos que elegir, pido a los españoles que voten sin prejuicios y con responsabilidad¹⁹.

En 1996 no tuvo inconveniente en copiar el leitmotiv de 1982, el “cambio” como necesidad nacional, como anhelo de una nueva mayoría de españoles, por encima de antiguas divisiones entre izquierda y derecha²⁰. Este “cambio del cambio” alude a un recurso publicitario muy explotado, pero eficaz: el atractivo de la novedad. Un mensaje optimista, ajeno a prejuicios superados o al temor al revanchismo. Se identificaba la alternancia con “Segunda Transición”. Empeño de reinauguración histórica excesivo, probablemente asociado al débil papel de AP (1976-1978) y al deseo personal de solemnizar la coyuntura. Cierta providencialismo que equiparaba 1996 con alternancia y 2000 con una auténtica “normalización histórica”.

Aznar prometió centrarse en el futuro, rechazando las críticas socialistas que lo equiparaban a un conservadurismo reaccionario y antisocial. La estrategia propagandística del “miedo” al retorno de la derecha fue contestada recordando la “deslealtad” socialista con Suárez y Calvo-Sotelo acosados por la crisis y el golpismo. Exigiendo además al PSOE que hiciera un traspaso ejemplar como el recibido en 1982. Además de afrontar las dificultades económicas con un recetario liberal canónico para la creación de empleo, la reducción del déficit y la racionalización administrativa. Sociedad y libre mercado frente a un estatalismo mesiánico. Una construcción en positivo de su imagen del partido. En lugar de las antiguas metáforas de lucha de clases o las “dos Españas”, presentarse como aglutinantes por encima de los nacionalismos subestatales:

Creo en España (...) En todas partes de España hablo de España, de un gran proyecto nacional (...) A mí no se me cae la palabra España cuando estoy en Barcelona o cuando estoy en Bilbao (...) Tengo una idea nacional (...) La nueva etapa de la vida política española no sólo significa cambiar de personas, sino de actitudes y estilos políticos. Los españoles quieren un gobierno fuerte sustentado por un gran partido de centro que hace propuestas de regeneración. Lo propio de una actitud centrista es el diálogo²¹.

¹⁹ “XII Congreso Nacional. Intervención del presidente”, Archivo Personal de J. M. Aznar: <http://www.jmaznar.es/multimedia/17/Hasta-1996> Cascos fue reelegido como Secretario General y conservó su puesto hasta el XIII Congreso (1999) cuando fue sustituido por el democristiano andaluz Javier Arenas.

²⁰ En esta línea, discurso de clausura del XI Congreso Nacional (7-I-1993). Desarrollado bajo el lema “El futuro de España”.

²¹ “Entrevista a José María Aznar”, Archivo Personal de Aznar, Madrid, 1996: http://josemariaaznar.com.es/index.php?option=com_content&task=view&id=16&Itemid=29 El PSOE no amortizó su estrategia mixta: moderación como fuerza de centro-izquierda y llamada al voto útil para afines a IU. Aznar apeló al mandamiento liberal contrario a un Estado hiperdesarrollado e intervencionista.

Un esfuerzo orientado durante la campaña (“Con la nueva mayoría”) a mostrar al PP como opción ganadora, capaz de vertebrar alternativa frustrada en 1993 por una inesperada derrota pírrica. Querían incidir en la versión centrista como partido “atrápalo todo”, cercano a las clases medias y a los pensionistas. Pero sensible a sectores sociales históricamente izquierdistas (jóvenes, trabajadores). Una sintonía con la gente corriente, “*ordinary people*”, imposible durante la era aliancista. Insistieron en la necesidad de un grupo parlamentario fuerte, sostén de un gobierno decidido a emprender reformas estructurales:

El 3 de marzo, los españoles tienen que optar entre abrir una nueva etapa, con una mayoría clara, holgada o suficiente o dar una mayoría precaria, pequeña e inestable²².

El triunfo en las elecciones (3-III-1996, 156 escaños) fue la culminación de dos grandes anhelos. El primero histórico, aquel viejo propósito aliancista de alcanzar el poder, casi utópico en los ochenta ante la fortaleza de los partidos gobernantes (UCD y PSOE) y la inveterada crisis de identidad conservadora. El segundo de carácter personal, cumpliéndose en Aznar la ambición de Fraga, tras consumarse dos condiciones sine qua non: el relevo generacional en el liderazgo y la unificación/refundación del partido. Ambas verificadas en 1989-1990.

Aznar explotó su ventaja como primer mandatario sin vínculos con el franquismo (ni opositor, ni burócrata), sin los “tics de la Transición”. Es decir, libre de actuar sin el derechismo vergonzante de AP y abrir vías inéditas (como el pacto con CiU, PNV y CC de 1996)²³. Como gobernante y dirigente popular se mostró competente en la formación y dirección de equipos, pero inflexible con la discrepancia. Flemático, pertinaz, prudente y contenido, en contraste con la impulsividad discontinua de Fraga. Por ello, ha sido comparado con las competencias de Franco como político, en particular por su inusual autocontrol personal y la delegación de funciones secundarias. Algo que le proporcionaría un control efectivo del PP y fama de cierta “megalomanía” como mandatario. Crecidamente en la VII legislatura sin la necesidad imperiosa

²² “Cierre de campaña 1996 en Valencia”, Archivo Aznar, <http://www.jmaznar.es/multimedia/17/Hasta-1996>

²³ CiU (16 diputados) negoció condiciones para la investidura (5-IV). Durante varias semanas Molins, Rato y el presidente del Congreso Trillo acordaron los flecos en los hoteles Plaza (Barcelona) y Alameda (Madrid). Fue necesaria una discreta entrevista Aznar-Pujol. De ahí: la supresión de la mili, modificación de gobiernos civiles y financiación autonómica, traspasos competenciales, etc. El PNV (5 escaños) logró la devolución de patrimonio histórico. RTVE: “Aznar, presidente”, *Informe Semanal*, Archivo Histórico, <http://www.rtve.es/alcarta/videos/television/aznar-presidente-informe-semanal-1996/157792/>

de establecer consensos parlamentarios, lo que le permitió agotar por segunda vez el cuatrienio²⁴.

Conclusiones

Durante la década de 2000, la Transición ha ido sustituyendo a la Guerra Civil como referencia básica en la construcción de “historias de vida”. Asimismo ha ido consolidándose como frontera del Tiempo Presente nacional en sustitución de la dictadura. A ello han contribuido numerosas iniciativas individuales y colectivas entre las que merece un reconocimiento el extenso y valiente legado bibliográfico de Javier Tusell²⁵. Pero se hace necesario, transcurridos casi 30 años de la victoria del 28-O, incorporar una reflexión historiográfica sobre la era de Felipe González. Ir desbrozando el campo de investigación y los temas básicos de la política española de este importante periodo en la consolidación e internacionalización de la democracia. Múltiples elementos: reforma militar, adhesión comunitaria, polémica atlantista, reconversión industrial... han sido objeto de valiosos estudios parciales. En lo referido al sistema de partidos, sería útil un estudio sistemático de la derecha. Deben abordarse cuestiones como la oposición al socialismo, las divergencias entre corrientes (liberales y democristianos en especial), el problema del liderazgo y la compleja faceta de organización interna. Es necesario sistematizar un catálogo de fuentes disponibles, todavía dispersas y poco accesibles en fundaciones privadas e institucionales. También puede resultar significativo diseñar estrategias de historia oral propias de este sector ideológico. Con incidencia en su valor como bisagra entre la Transición y la época de Aznar. Una primera fase en la que AP incorporó parte del franquismo al sistema democrático, pero cargando con el lastre de un excesivo conservadurismo, una estructura partidaria débil y un liderazgo omnímodo. Y una ulterior, la época finisecular, destinada a ofrecer continuidad a esta incipiente historiografía de la era socialista (1982-1996).

²⁴ “Guante de raso en mano de hierro” al revés del impetuoso carácter de Fraga. Javier Tusell, *Dictadura franquista y democracia (1939-2004)*, Barcelona, Crítica, 2005, págs. 376 y 416-417. Este símil con las características de Franco es limitado en aspectos como el autoritarismo o el apego al poder. Por ejemplo, por la imitación del modelo estadounidense de doble mandato. Pero es muy adecuado para indagar en las significativas diferencias Aznar-Fraga, decisivas en la historia de la derecha durante la democracia.

²⁵ Asimismo es visible su prolífico magisterio en la UNED, en obras como la Revista *Historia del Presente* y la Asociación de Historiadores del Presente (2002) dirigidas por Abdón Mateos. Sobre el progreso en los estudios sobre la Transición pueden citarse los Congresos organizados por el Grupo de Estudios del Tiempo Presente (UAL). Al respecto: Pablo J. Carrión, “La Transición como transformación del Tiempo Presente español. Reflexiones desde la experiencia del exilio político”, Rafael Quirosa (coord.): *II Congreso Internacional Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*, UAL, 2005.